

## XXVI

### Lo que había previsto Gilberto

Andrea, habiendo quedado sola, se levantó del sillón, y un calofrío se apoderó de todo el cuerpo de Gilberto.

La joven estaba en pie; con sus manos blancas como el alabastro, sacaba una á una todas las horquillas de su peinado, mientras que descorriéndose de sus hombros el ligero peinador que la cubría, descubría su cuello tan puro y tan gracioso, su pecho palpitante aun, y sus brazos que, rodeados negligentemente á su cabeza, pronunciaban la entalladura de su cintura en beneficio de unos pechos exquisitos comprimidos bajo la batista.

Gilberto, de rodillas, jadeando, embriagado, sentía la sangre batir furiosamente su frente y su corazón. Por sus venas circulaban olas abrasadas, una nube de llama descendía sobre su vista; á sus oídos zumbaba un murmullo desconocido y febril: en aquel momento caía en ese extravío feroz que precipita á los hombres en la sima de la locura. Iba á salvar el umbral del cuarto de Andrea, gritando:

¡ Oh! sí, eres bella, eres bella! pero no estés tan orgullosa con tu belleza, porque me la debes á mí, porque yo te he salvado.

De súbito, un nudo de la cintura embarazó á Andrea, quien se irritó, dió una patada en el suelo, se sentó en

desorden sobre una cama de reposo, como si el ligero obstáculo que acababa de encontrar hubiese bastado para agotar sus fuerzas, é inclinándose medio desnuda hacia el cordón de la campanilla, le imprimió una impaciente sacudida.

Aquel ruido llamó á Gilberto á la razón. Nicole había dejado la puerta abierta para oír, Nicole iba á venir.

— ¡ Adiós sueño! ¡ adiós felicidad! ¡ Ya no queda más que una imagen, un recuerdo eternamente abrasador en la imaginación, eternamente presente en el fondo del corazón!

Gilberto quiso lanzarse fuera del pabellón, pero el barón, al entrar, había cerrado las puertas del pasadizo, y Gilberto, que ignoraba aquel obstáculo, tardó algunos segundos en abrirlas.

En el momento de entrar en el cuarto de Nicole, llegaba ésta. El joven oyó rechinar bajo sus pasos la arena del jardín, y sólo tuvo tiempo para ocultarse en la sombra á fin de dejar pasar á la doncella, quien atravesó la antesala después de haber cerrado la puerta, y se lanzó al pasadizo ligera como un ave.

Gilberto corrió á la antesala y trató de salir.

Pero Nicole, sin dejar de correr y gritar: « ¡ Ya voy, señorita! ¡ ya voy! ¡ estoy cerrando la puerta! » cerraba efectivamente la puerta, y no sólo la cerraba dando la vuelta á la llave, sino que, en su turbación, metía la llave en el bolsillo.

Por consiguiente, Gilberto trató en vano de abrir la puerta, recurrió á las ventanas, pero éstas tenían rejas: al cabo de cinco minutos de investigaciones, comprendió que le era imposible salir.

Entonces se agazapó en un rincón, con la firme resolución de hacer que Nicole le abriese la puerta.

En cuanto á ésta, después de haber dado á su ausen-

cia el plausible pretexto de haber ido á cerrar los bastidores del invernáculo, porque el aire de la noche no hiciese daño á las flores de la señorita, acabó de desandar á la señorita y de acostarla.

No dejaba de haber en la voz de Nicole un temblor, en sus manos una agitación, en su servicio una priesa que no eran ordinarios, y que denunciaban un resto de emoción; pero Andrea, desde el cielo plácido por donde volaban sus ideas, rara vez descendía á la tierra, y cuando miraba hacia ella, los seres inferiores aparecían como unos átomos á sus ojos.

Por consiguiente no hizo alto en nada.

Gilberto ardía de impaciencia desde que había visto cortada su retirada. No aspiraba más que á la libertad.

Andrea despidió á Nicole después de una corta conversación en que ésta última puso en juego toda la zalamería de una criada que tiene remordimientos.

Arregló la colcha de su ama, bajó la lámpara, echó azúcar en el vaso de plata que estaba con agua caliente sobre la lamparilla de alabastro, dió con dulce voz las buenas noches á su ama, y salió del cuarto de puntillas.

Al salir cerró la puerta vidriera.

Luego, tarareando para hacer creer en la tranquilidad de su espíritu atravesó su cuarto y se avanzó hacia la puerta del jardín.

Gilberto comprendió la intención de Nicole, y se preguntó un instante si, en lugar de darse á conocer, no podría salir por sorpresa aprovechando el momento en que estuviese abierta la puerta para huir; pero entonces sería visto sin ser reconocido, y lo tomarían por un ladrón; Nicole gritaría ¡socorro! No tendría él tiempo para llegar á su cuerda, y aun cuando allí llegase, le verían en su fuga aérea, lo cual denunciaría

su retiro y causaría un escándalo que no podía dejar de ser grande en unas personas mal intencionadas como lo eran los Taverney respecto del pobre Gilberto.

Verdad es que podía denunciar y hacer que despidiesen á Nicole, ¡pero de qué le servía esto? Gilberto habría hecho mal sin provecho suyo, por una pura venganza; y no era tan débil de espíritu que se creyese satisfecho cuando se había vengado. Para él la venganza sin utilidad era más que una mala acción; era una majadería.

Cuando Nicole estuvo cerca de la puerta de la salida en donde la aguardaba Gilberto, salió éste súbitamente de la sombra en que estaba oculto, y apareció á la joven en un rayo de luz producido por la claridad de luna que pasaba á través de los vidrios.

Nicole iba á dar voces, pero tomó á Gilberto por otro, y, pasado el primer movimiento de espanto:

— ¡Oh! es usted, ¡qué imprudencia! dijo.

— Sí, yo soy, replicó en voz muy baja Gilberto, sólo le digo á usted que no grite por mí más de lo que gritara por otro.

Nicole reconoció entonces á su interlocutor.

— ¡Gilberto! exclamó. ¡Dios mío!

— He suplicado á usted que no gritase, dijo con frialdad Gilberto.

— Pero, ¿qué es lo que hace usted aquí? dijo Nicole encolerizada.

— ¡Vamos! respondió Gilberto con la misma frialdad. Acaba usted de llamarme imprudente, y ahora es usted más imprudente que yo.

— Sí, en efecto, replicó Nicole, soy bien tonta en preguntar á usted lo que hace aquí.

— ¿Pues qué es lo que hago aquí?

— Viene usted á ver á la señorita Andrea.

— ¿Á la señorita Andrea? replicó Gilberto con la misma tranquilidad.

— Sí, á la señorita Andrea, de quien está usted enamorado, pero que afortunadamente no le ama á usted.

— ¿Verdaderamente?

— Pero tened cuidado, señor Gilberto, continuó Nicole con tono de amenaza.

— ¿Que tenga cuidado?

— Sí.

— ¿De qué?

— De que yo no lo denuncie.

— ¡Tú, Nicole!

— Sí, yo, y que no haga que lo arrojen de aquí.

— Trata de hacerlo, dijo Gilberto sonriendo.

— ¿Me desafías?

— Positivamente.

— ¿Y qué sucederá si digo á la señorita, al señor Felipe, al señor barón, que te he encontrado aquí?

— Sucederá como tú lo has dicho; no el que me echen de aquí, porque á Dios gracias, estoy ya echado, sino que me perseguirán como á un animal dañino. Sólo que á la que echarán será á Nicole.

— ¿Cómo á Nicole?

— De seguro; á Nicole, á quien tiran piedras por encima de las cercas.

— ¡Cuidado, señor Gilberto! dijo Nicole con tono de amenaza. Han hallado en las manos de usted, en la plaza de Luis XV, un fragmento del vestido de la señorita.

— ¿Usted lo cree?

— El señor Felipe es quien lo ha dicho á su padre. Éste no sospecha aun nada; pero, ayudándole, quizá comenzará á sospechar.

— ¿Y quién ha de ayudarle?

— Yo.

— ¡Cuidado, Nicole! porque también podrían sospechar que aparentando tender los encajes, va usted á recoger las piedras que le tiran por encima de las cercas!

— ¡Es mentira! exclamó Nicole, luego enmendando su negativa.

— Y además, continuó, no es un crimen el recibir billetes como lo es el introducirse aquí cuando la señorita está desnudándose. ¡Ah! ¿qué dirá usted á esto, señor Gilberto?

— Diré, señorita Nicole, que para una muchacha tan juiciosa como usted, es también un crimen el echar llaves por debajo de las puertecitas de los jardines.

Nicole se estremeció.

— Diré, continuó Gilberto, que si yo, conocido del Sr. de Taverny, del señor Felipe y de la señorita Andrea, he cometido el crimen de introducirme en su aposento, no pudiendo resistir á la inquietud que me inspiraba la salud de mis antiguos amos, y particularmente la de la señorita Andrea, á quien he intentado salvar la otra noche, y lo he intentado tanto que, como dice usted, me ha quedado en la mano un fragmento de su vestido, diré, repito, que si he cometido el crimen bien perdonable de introducirme aquí, usted ha cometido el crimen imperdonable de introducir á un extraño en la casa de sus amos, y de reunirse con ese extraño en el invernáculo en donde ha pasado usted una hora con él.

— ¡Gilberto! Gilberto!

— ¡Ah! he aquí lo que es la virtud... la de la señorita Nicole, quiero decir. ¡Ah! conque halla usted criminal, señorita Nicole, que yo esté en su cuarto, mientras que.....

— ¡Señor Gilberto!

— Así, diga usted á la señorita que estoy enamorado

de ella ; yo diré que estaba enamorado de usted, y me creerá, porque ha tenido usted la majadería de decirselo usted misma allá en Taverney.

— ¡ Gilberto, amigo mío !

— Y la despedirán á usted, Nicole ; y en vez de ir á Trianón, cerca de la Delfina, con la señorita, en vez de hacer la coqueta con hermosos señores y ricos caballeros, como no dejará usted de hacerlo si sigue en la casa : en vez de eso, irá usted á juntarse con su amante el señor de Beausire, un exento, un soldado. Á fe mía que la caída será buena, y que la ambición de la señorita Nicole la habrá llevado lejos. ¡ Nicole cortejo de un guardia francés !

Y Gilberto se puso á cantar soltando la carcajada :

En los guardias franceses  
Tenia yo un amante.

— ¡ Por piedad, señor Gilberto ! exclamó Nicole ; no me mire usted de ese modo. Su mirada es maligna, brilla en las tinieblas. ¡ Por piedad ! no se ría usted tampoco, porque su risa me espanta.

— Entonces, dijo Gilberto con tono imperativo, ábrame usted la puerta, y no diré una palabra de todo esto.

Nicole abrió la puerta con un temblor nervioso tan violento, que se veían sus hombros agitarse y su cabeza temblorosa como la de una vieja.

Gilberto salió tranquilamente el primero, y viendo que la joven le guiaba hacia la puerta de salida :

— No, dijo, no ; usted tiene sus medios para hacer entrar aquí ; y yo tengo los míos para salir. Vaya usted al invernáculo á buscar al querido señor de Beausire, que debe estar aguardando con impaciencia, y permanezca usted con él diez minutos más que lo que debía

permanecer. Concedo esta recompensa á la discreción de usted.

— ¡ Diez minutos ! ¿ Y por qué diez minutos ?

— Porque son los que necesito para desaparecer ; vaya usted, señorita Nicole, vaya usted ; . . . como la mujer de Loth, cuya historia he contado á usted en Taverney, cuando me daba sus citas en los pajares, no vuelva usted la cabeza, porque le acaecerá una cosa peor que el quedar convertida en estatua de sal. Vaya usted, bella voluptuosa, vaya usted ahora ; no tengo más que decir.

Nicole, subyugada, espantada, aterrada por aquel aplomo de Gilberto que tenía en sus manos su porvenir, se dirigió con las orejas gachas al invernáculo, en donde efectivamente la aguardaba con grande ansiedad el exento Beausire.

Por su parte, Gilberto, tomando las mismas precauciones para no ser visto, llegó á la muralla, cogió su cuerda, y apoyándose en un tronco de vid y en el enrejado, subió hasta el plomo del primer piso de la escalera, y se fué encaramando listo como una ardilla hasta su cuarto.

Su buena suerte quiso que no encontrase á nadie en su ascensión, pues las vecinas estaban ya acostadas, y Teresa aun no se había levantado de la mesa.

Gilberto estaba demasiado exaltado por la victoria que acababa de alcanzar contra Nicole para tener miedo de que se le fuesen los pies en la canal. Al contrario, se sintió con el poder de marchar como la fortuna por el corte de una navaja, aun cuando tuviese ésta una legua de longitud.

Andrea estaba al término del camino.

Llegó, pues, á su buharda, cerró la ventana, y rasgó el billete al que nadie había tocado. Luego se acostó deliciosamente en su cama.

Al cabo de media hora Teresa, cumpliendo su palabra, subió á preguntarle á través de la puerta cómo estaba.

Gilberto respondió con un gracias mezclado de los bostezos de un hombre que está muerto de sueño. Tenía prisa de hallarse solo, muy solo, en la oscuridad y el silencio, para saciarse en sus pensamientos, para analizar con el corazón, con el alma, y con todo su ser los pensamientos devoradores de aquel día.

En efecto, no tardó en desaparecer todo de su vista, el barón, Felipe, Nicole, Beausire, y no vió ya en sus recuerdos más que á Andrea medio desnuda, sus torneados brazos al rededor de su cabeza, y soltando las horquillas de su peinado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Fondo 1423 MONTERREY, MEXICO

## XXVII

## Los herboristas

Los acontecimientos que acabamos de contar habían pasado el viernes por la noche; por consiguiente dos días después debía verificarse en el bosque de Lucienes el paseo que tanto regocijaba á Rousseau.

Gilberto, indiferente hacia todas las cosas desde que había sabido la próxima marcha de Andrea para Triánón, había pasado todo el día apoyado á la repisa de su ventanillo. Durante aquel día había permanecido abierta la ventana de Andrea; y una ó dos veces se había acercado á ella la joven, débil y pálida, para tomar el aire, y, al verla, había parecido á Gilberto que no hubiera pedido al cielo más que el saber que Andrea debía habitar eternamente aquel pabellón, el tener él por toda su vida una plaza en aquella bohardilla, y el entrever dos veces al día á Andrea como la había entrevisto.

Aquel domingo tan ansiado llegó por último. Desde la víspera Rousseau había hecho sus preparativos; sus zapatos cuidadosamente lustrados, y la casaca parda abrigada y ligera á la vez, habían salido del armario con grande desesperación de Teresa, que pretendía que una blusa ó un capotón de tela eran más que suficientes para semejante oficio; pero Rousseau, sin responder nada, había obrado á su antojo; no solamente su traje, sino también el de Gilberto había sido pre-

parado con el mayor esmero, y aun había recibido el aumento de medias excelentes y zapatos nuevos, con que Rousseau le hizo una agradable sorpresa.

El herbario era también nuevo; Rousseau no había olvidado su colección de musgos destinada á hacer un gran papel.

Rousseau, impaciente como un niño, se asomó más de veinte veces á la ventana para ver si este ó el otro coche que llegaba era el del Sr. Jussieu. Por último, percibió una caja muy charolada, caballos ricamente enjaezados y un robusto cochero parados delante de su puerta, y corrió al punto á decir á Teresa:

— ¡ Ahí está! ahí está!

Y á Gilberto.

— ¡ Pronto, Gilberto, pronto! El coche está aguardando.

— Y bien, dijo Teresa con acrimonia, y que tanto te gusta ir en coche, ¿ por qué no has trabajado para comprarte uno como hizo Voltaire?

— ¡ Déjame en paz! respondió entre dientes Rousseau.

— ¡ Pardiez! siempre estás diciendo que tienes tanto talento como él.

— Yo no digo eso, ¿ lo oyes? dijo Rousseau incomodado á su hacendosa ama; ¡ digo, digo!... ¡ yo no digo nada!

Y toda su alegría desapareció como sucedía siempre que oía pronunciar aquel nombre.

Por fortuna, entró en su aposento el señor de Jussieu, lleno de pomada y polvos, rozagante como una primavera; una magnífica casaca de raso de la India con solapas, color de crudillo, un chaleco de tafetán color de lila claro... medias de seda blanca extremadamente finas, y hebillas de oro pulido componían su traje.

Al entrar en casa de Rousseau, llenó el aposento de un perfume variado que Teresa aspiró sin disimular su admiración.

— ¡ Qué hermoso estáis! dijo Rousseau mirando con agrado á Teresa y comparando con la vista su modesto traje y su voluminoso equipaje de botánico con el traje tan elegante del señor de Jussieu.

— Vengo así porque tengo miedo al calor, dijo el elegante botánico.

— ¡ Y la humedad de los bosques! vuestras medias de seda, si herborizamos en las lagunas....

— ¡ Oh, no! ya elegiremos otros sitios.

— Según eso, ¿ por hoy tendremos que abandonar nuestros musgos acuáticos?

— No nos inquietemos por eso, querido cofrade.

— Diríase que vais á un baile, y á visitar señoras.

— ¿ Por qué no honrar con unas medias de seda á la señora Naturaleza? replicó el señor de Jussieu algo embarazado. ¿ No es un cortejo que merece la pena de que uno se vista de gala por él?

Rousseau no insistió, porque desde el momento en que el señor de Jussieu invocaba la naturaleza, también él era de parecer que nunca se le podía hacer demasiado honor.

En cuanto á Gilberto, á pesar de su estoicismo, miraba al señor de Jussieu con ojos de envidia. Desde que había visto á tantos jóvenes elegantes realzar con los vestidos las ventajas naturales de que estaban dotados, había comprendido la frívola utilidad de la elegancia, y se decía en voz baja que aquel raso, aquella batista y aquellos encajes darían mucho realce á su juventud, y que sin duda, si en lugar de estar vestido como estaba, lo estuviese como el señor de Jussieu y encontrase á Andrea, no dejaría ésta de mirarle.

Salieron al gran trote de dos excelentes caballos daneses, y al cabo de una hora los botánicos descendían á Bougival y tomaban á la izquierda por el camino de los Castaños.

Aquel paseo de una maravillosa hermosura hoy, no era menos hermoso en aquella época, porque aquella parte del ribazo que nuestros exploradores se disponían á recorrer, poblada ya de árboles en tiempo de Luis XIV, era el objeto de incesantes cuidados desde que el soberano había tomado afición á Marly.

Las castaños de arrugadas cortezas, de gigantescas ramas, de formas fantásticas, que ora imitan en sus nudosas circunvoluciones á la serpiente enroscándose al rededor del tronco, ora al toro tendido sobre la tabla del carnicero y vomitando sangre negra; el manzano cargado de musgo, y los nogales colosos, cuyo follaje pasa, en junio, del verde-amarillo hasta el verde-azul; aquella soledad, aquella pintoresca aspereza del terreno que llega, bajo la sombra de los viejos árboles, á dibujar una vista en el azul mate del cielo; toda aquella naturaleza poderosa, graciosa y melancólica, sumió á Rousseau en un éxtasis inexplicable.

En cuanto á Gilberto, tranquilo pero sombrío, tenía toda su vida reconcentrada en esta idea:

— Andrea deja el pabellón del jardín y se va á Trianon.

Desde el punto culminante de la colina que trepaban á pie los tres botánicos, se veía elevar el pabellón cuadrado de Luciennes.

La vista de aquel pabellón de donde él había huído, cambió el curso de las ideas de Gilberto, presentándole recuerdos poco agradables, pero no le inspiraban ningún temor. En efecto, marchaba el último, veía delante de sí dos protectores, y se creía bien apoyado;

por consiguiente miró á Luciennes como un naufrago mira desde el puerto el banco de arena contra que se estrelló su buque.

Rousseau, con su azadilla en la mano, comenzaba á examinar el terreno, haciendo lo mismo el señor de Jussieu, sólo que el primero buscaba plantas, y el segundo trataba de garantir sus medias de la humedad.

— ¡ El admirable *Lepodium* ! exclamó Rousseau.

— ¡ Admirable ! repitió el señor de Jussieu; pero, si os parece, podemos pasar adelante.

— ¡ Ah ! la *Lyrimachia Fanella* ! Es buena de coger, mirad.

— Cogedla si os agrada.

— ¡ Qué es eso ? ¡ conque no herborizamos ?

— Sí tal, si tal... pero creo que allá sobre la meseta hallaremos cosas mejores.

— Como gustéis... Vamos, pues.

— ¡ Qué hora es ? preguntó el señor de Jussieu; como me vestí precipitadamente he olvidado el reloj.

Rousseau sacó de su bolsillo una abultada muestra de plata.

— Las nueve, dijo.

— ¡ Queréis que descansemos un rato ? preguntó el señor de Jussieu.

— ¡ Oh ! ¡ qué mal andador sois ! dijo Rousseau. He ahí la contra de herborizar con zapatos finos y medias de seda.

— Es que no dejo de tener hambre.

— Pues bien, entonces vamos á almorzar..... el pueblo está á un cuarto de legua.

— No, en el pueblo no.

— ¡ Cómo no ? ¡ entonces traéis el almuerzo en vuestro coche ?

— ¡ Veis allá abajo en aquel grupo de árboles ? pre-

guntó el señor de Jussieu extendiendo la mano hacia el punto del horizonte que quería designar.

Rousseau se levantó sobre la punta de los pies, y puso su mano sobre los ojos á manera de visera.

— No veo nada, respondió.

— ¡Cómo! ¿no distinguís aquella casita rústica?

— No.

— ¿Que tiene una veleta y paredes de paja blanca y roja? ¿una especie de quesera?

— Sí, creo que sí... una casita nueva.

— Un kiosco, eso es.

— ¿Y qué?

— ¡Y qué! que hallaremos allí el modesto almuerzo que os he prometido.

— Corriente, respondió Rousseau. ¿Tenéis hambre, Gilberto?

Gilberto, que había permanecido indiferente á aquel debate, y cortaba maquinalmente las flores de brezo, respondió:

— Como gustéis, señor.

— Vamos pues allá, si os agrada, dijo el señor de Jussieu; además, nada os impide herborizar por el camino.

— ¡Oh! vuestro sobrino es un naturalista más activo que vos, dijo Rousseau. He herborizado con él en los bosques de Montmorency. Éramos pocos. El sabe hallar, sabe escoger y explicar bien.

— Sí, pero haceos cargo que él es joven y que tiene que adquirir renombre.

— ¿No tiene el vuestro que está ya adquirido? ¡Ah! ¡cofrade, cofrade! Vos herborizáis como aficionado.

— Vamos, no nos enfademos, querido filósofo. ¡Calla! aquí tenemos el hermoso *Plantago Monanthos*; ¿lo tenéis como éste en vuestro Montmorency?

— A fe mía que no, respondió Rousseau encantado; lo he buscado en vano, bajo la fe de Tournefort. ¡En verdad que es magnífico!

— ¡Ah! ¡qué lindo pabellón! exclamó Gilberto, que había pasado de la retaguardia á la vanguardia.

— Gilberto tiene hambre, dijo el señor de Jussieu.

— Perdonad, señor; aguardaré sin impaciencia que vos estéis dispuesto.

— Tanto más, cuanto que no es bueno para la digestión el herborizar después de comer, y además, la vista está pesada, la espalda perezosa. Así, podemos herborizar aun algunos momentos, dijo Rousseau; pero, ¿cómo se llama ese pabellón?

— ¡*La Ratonera!* respondió el señor de Jussieu acordándose del nombre inventado por el señor de Sartines.

— ¡Qué nombre singular!

— Sí lo es; pero ya sabéis que en el campo no hay más que caprichos.

— ¿Á quién pertenecen esta tierra, este bosque y estas deliciosas sombras?

— No os lo podré decir.

— Sin embargo, debéis conocer al propietario, puesto que vais á almorzar allá, replicó Rousseau con un asomo de sospecha.

— De ninguna manera... ó más bien conozco aquí toda la gente, á los guarda-bosques que me han visto herborizar cien veces en sus talleres, y que saben que saludarme, ofrecerme un guisado de liebre ó un salmorejo de chochas, es complacer á sus amos; los dependientes de todos los señores vecinos me dejan obrar aquí como en mi propio terreno. No sé á punto fijo si este pabellón pertenece á madama de Mirepoix, ó á madama de Egmont, ó... en fin, no sé á quién... Pero lo principal, mi querido filósofo, y creo que opi



naréis como yo, es que hallemos allí pan, frutas y empanada.

El tono de naturalidad con que el señor de Jussieu pronunció estas palabras, disipó las nubes que comenzaban á oscurecer la frente de Rousseau. El filósofo sacudió sus zapatos, se frotó las manos, y el señor de Jussieu entró el primero en la senda llena de musgo que serpenteaba por entre los castaños y conducía á la casita.

Detrás de él iba Rousseau, rebuscando siempre entre la hierba.

Gilberto, que se había vuelto á su puesto, cerraba la marcha pensando en Andrea y en los medios de verla cuando estuviese en Trianón.

FIN DEL TOMO TERCERO.

## INDICE

	Pág.
I. — Las carrozas del rey . . . . .	3
II. — La poseida . . . . .	17
III. — El conde de Fénix . . . . .	38
IV. — Su Eminencia el cardenal de Rohán . . . . .	57
V. — El regreso de San Dionisio . . . . .	71
VI. — El pabellón . . . . .	82
VII. — La casa de la calle de San Claudio . . . . .	93
VIII. — La doble existencia. — El sueño. . . . .	102
IX. — La doble existencia. — La vigilia . . . . .	111
X. — La visita . . . . .	120
XI. — El oro. . . . .	123
XII. — El elixir de la vida . . . . .	139
XIII. — Las señas . . . . .	162
XIV. — La habitación de la calle Platriere . . . . .	174
XV. — Plan de campaña . . . . .	180
XVI. — Lo que sucedió al señor de La Vauguyón, preceptor de los príncipes de Francia, en la noche del casamiento del Delfin . . . . .	192
XVII. — La noche de boda del Delfin . . . . .	205
XVIII. — Las fiestas de la plaza de Luis XV. . . . .	217